

Es mi protesta contra los que quieren abolir el pasado en nombre del Olvido.

El pasado no muere, va en pos de nuestros pasos. Y, grita á veces.

Este libro es un grito del pasado.

El pasado es la voz de los muertos.

Los muertos gritan en el libro mío.

.....  
Todos van hacia el perdón y hacia el Olvido.

Yo quedo en mi roca aislada, abrazado á mis viejos dolores pensativos.

Soy el último rebelde.

Y, cuando no quede sino un irreductible contra ciertos hombres y ciertas ideas en América, ese irreductible seré yo.

Mi pluma no capitula.

VARGAS VILA.

Paris, 1903.

## PROVIDENCIALES

## PASÓ EL TIEMPO

### DE LOS MITOS OLÍMPICOS

En aquella edad de la infancia del mundo se creía que los dioses reinaban.

La superstición inventó los dioses, el antropomorfismo les dió vida, y la estupidez los fingió reyes.

El dios de la Biblia reinaba sobre su pueblo escogido, hablaba á sus caudillos, legislaba entre los truenos del Sinaí, combatía á la cabeza de las hordas errantes del desierto, hacía llover piedras sobre los amalecitas ya vencidos, permitía que lo derrotaran á la cabeza de seiscientos mil combatientes, detenía el sol, y aparecía sin quemarse, como una salamandra, entre las zarzas encendidas del monte Oreb.

Los dioses de Grecia combatieron en Troya.

En la India, Brahma se encarnó para reinar.

El dios Samonocodón reinó en Siam. El dios

Adad gobernó en Siria. La diosa Cybeles fué soberana de Frigia. Júpiter lo fué de Creta, y Saturno de Grecia.

La humanidad se hizo adulta, y los dioses abdicaron.

Entonces, los que entraron á reinar y á combatir, se llamaron sus hijos. Para ser rey se necesitaba ser de la estirpe augusta de los dioses.

Así, Baco, Perseo, Hércules, fueron hijos de dioses.

Rómulo era hijo de Dios. Alejandro fué declarado hijo de Dios en Egipto. Odín lo fué en el norte de Europa. Abulgazi, historiador de los mogoles, dice que Gengis era nieto de Alanku, la cual había concebido de un rayo celeste. César se decía descendiente de dioses.

Después, cuando á la luz de la razón que alboraba, perseguidos por el grito de la filosofía y las carcajadas de la humanidad, que salían con sonoridad abrumadora de la boca de Luciano, esos dioses y semidioses huyeron despavoridos, dejando de proyectar sus espantosas cabezas sobre la tierra, y el dios del monoteísmo cristiano se aisló en su cielo, absorto en su beatitud, aún quedó flotando en la oscura conciencia humana, cual un jirón de sombra, como la proyección de aquella dinastía de fantasmas, la absurda teoría del *derecho divino*.

La raza de los reyes y emperadores sucedió á la

de los semidioses, y el lábaro de Constantino, la oriflama traída por un ángel á San Denis, la ampollita bajada del cielo por un pichón para consagrar á Clovis, y los lamparones curados por los reyes de Inglaterra, sucedieron á las antiguas fábulas homéricas y orientales, dignas de figurar, unas y otras, al lado del discurso de la burra de Balam.

Pero un día, el *derecho humano* puso la mano sobre el *derecho divino*, derribándolo, como el gigante de la leyenda al golpe de honda del mancebo bíblico, y después de desgarrar su púrpura y pisotear su corona, le arrancó la cabeza, á vista de las multitudes asombradas: el *derecho divino* abdicó en las manos del pueblo.

Entonces surgió una raza de nuevos dominadores, degeneración raquítica de los otros, pero representantes siempre de ese funesto atavismo social, que atribuye á Dios inmiscuencia directa en el gobierno de las sociedades humanas.

Éstos ya no se apellidaban dioses, ni hijos de dioses, ni con derecho divino, pero hacían á su modestia la violencia de llamarse delegados de la *Providencia* (y aquí está ya el espantoso vocablo!) para hacer felices á las naciones, poner en ellas el orden — porque los hombres puramente humanos no pueden gobernar — y administrar en nombre de esa *Providencia* los grandes rebaños de hombres que, según ellos, posee en este planeta. Estos

mayordomos tuvieron su nombre. Se llamaron — *los providenciales!*....

Algunos de ellos, como en la antigüedad Pepino, mayordomo de Hilderico, se han hecho reyes; pero la mayor parte se ha conformado con su democrática divinidad.

La Europa, ya bastante civilizada, no sufrió el azote de la nueva plaga. Uno sólo se presentó en ella, á los comienzos del siglo, cargado con los laureles de las más épicas victorias; pero á pesar de su genio fué á morir abatido y solo en una isla remota.... La Providencia no se dignó libertar á su delegado, ni intentó reclamo alguno contra la Gran Bretaña, por el secuestro de aquel *providencial* afortunado.

La América latina, tanto tiempo ignorada, sumida en la sombra intelectual por luengos años, dominada por el fanatismo, y por ende ignorante, tenía que ser, y ha sido, el teatro feliz de estos aventureros políticos.

El *providencialismo* ha hecho destrozos en ella.

No ha habido sargentón insubordinado que dé un golpe de cuartel feliz; un jesuita que por la traición, el veneno ó el puñal llegue al poder; ó político ambicioso que quiera perpetuarse en él que no se llame *providencial*.

Los antiguos salteadores tenían también su dios protector: Mercurio. Los asaltadores de pueblos

han imaginado también su divinidad protectora: la *Providencia*.

Providencial fué la traición á la república hecha por Iturbide; providencial el asesinato de Yegros y el secuestro del Paraguay por el doctor Francia; providenciales el puñal de la *mazorca* y la dictadura de Rosas; providencial la aventura aleve de Maximiliano; providenciales los crímenes de García Moreno, esa *tigre hircana* del fanatismo; providenciales la traición de Núñez, el veneno de Gaitán, las horcas y su adulterio, aquel famoso adulterio, bendito por el Papa y ensalzado por el Padre Biffi, ante la tumba recién abierta de la esposa abandonada....

El *providencialismo* ha recorrido en América todas las escalas, y tenido todos los matices.

Ha sido brillante con Iturbide; ilustrado con Francia y Núñez; brutal con Rosas; soldadesco con Melgarejo; heroico con Balmaseda; ampuloso con Guzmán; ridículo con Andueza. Ha ido en rigurosa gradación de la cima hasta el abismo. Ha revestido todas las formas, desde el águila al insecto.

Los menos oscuros de los *providenciales* son los que esbozo aquí.

.....  
Y los publico en época de sombra!... Viento de tempestad corre del uno al otro extremo de la antigua Colombia de los héroes. La sombra se espesa sobre su cielo, y en algunas partes la tempestad es

sorda y muda como en las borrascas polares, donde, según la expresión del narrador francés, el trueno es silencioso.

Luz crepuscular alumbra el horizonte!

Aliento enervador y frío toca las almas. Se siente la aproximación de un gran peligro: *la abyección*.

Como los altos árboles de la selva bajo las alas del viento, vense inclinarse cabezas poderosas: hay no sé qué extraña palidez en los caracteres; qué rebajamiento moral; qué súbito desfallecimiento en las conciencias; qué espantosos desmayos del valor....

La enfermedad del siglo, el *sórdido interés*, ha invadido las sociedades.

Lo que nos mata, no son las doctrinas conservadoras, sino los intereses conservadores.

La enfermedad reinante es *el miedo*.

Nadie se atreve á decir la verdad.

Todos huyen de verla frente á frente.

Su semblante augusto los acongoja; su sonora voz los amedrenta.

Sólo hay lugar para la mueca del bufón y el canto del juglar. Sólo puede escucharse el himno del cortesano, la clásica frase venal, la apología comprada, el sáfico cantar de los Horacios, y la armoniosa canción de Tibulos y Propercios.

Sobre la onda de pavor que pasa sólo se dejan flotar hojas de académicos laureles, y flores pálidas

desprendidas de las coronas de poetas bucólicos, marchitas en las orgías del poder.

La ola de la debilidad ahoga la sociedad.

Se tiene tanto miedo á las grandes acciones como á las grandes palabras.

Si se ve llegar á un hombre que dice la verdad y lanza al viento su frase indignada, los miedosos tornan su debilidad en indignación, y la inmensa ola estúpida se permite irritarse, y ruge y murmura....

El soplo gélido del interés, la indiferencia ó el miedo de las capas medias de la sociedad paralizan el esfuerzo de los pocos periodistas y apóstoles que combaten, impidiendo que su verbo candente y el beso de la idea toquen la frente de la pálida y oscura multitud que vegeta en el fondo.

Y así se vive, esperando una revolución que no se impulsa, una libertad que no se engendra. Y fingiendo fe mesiánica, como un trapense ante su fosa abierta, la sociedad vive tiritando de miedo, hambrienta de silencio!

Escribir la verdad es un crimen. Todo lo viril, lo resistente, lo franco, lo grandioso, se excusa ó se desaprueba. Se tiene miedo á la dignidad del que carece de miedo.

Se critica los gobiernos, pero á media voz; se les insulta, pero muy paso; y con esta debilidad imbécil se hace sagrado el despotismo, y con esta complicidad del miedo, traducida en falso pudor,

se silencian las liviandades de los déspotas, tornando en mudo respeto al vicio lo que debiera ser protesta atronadora contra él

Esta hoja de parra, puesta por la hipocresía social sobre las desnudeces de los tiranos, ha sido en nuestros pueblos la gran falta de los hipócritas y la gran fuerza de los tiranos.

Si así hubieran procedido Tácito y Suetonio, ¿quién sabría los vicios de los Césares?

¿ Plinio, Cornelio Nepote, Aurelio Víctor y Salustio tuvieron, por ventura, ese pueril temor al describir la abominación de las costumbres romanas?

¿ Lo tuvo Demóstenes en sus *Filípicas*?

¿ Lo tuvo Cicerón en sus *Catilinarias*?

¿ Embotó la sátira acerada de Juvenal?

¿ Apagó la carcajada semi-grotesca de Rabelais?

¿ Lo tuvo el Dante en su *Divina Comedia*?

¿ Sintió ese vergonzoso desmayo Víctor Hugo escribiendo sus *Castigos*?

¿ Lo sintió en su pluma vigorosa Juan Montalvo?

No.

¿ Es que la pluma de los hombres sólo debe ocuparse en escribir apologías? ¿ Qué sería entonces de la severa historia? ¿ Ó aquellos grandes escritores sólo eran grandes libelistas?

Responda ese criterio *histórico* que se ha formado contra la verdad *histórica*.

La libertad se pierde, no por falta de talentos, sino por falta de caracteres.

Hay en la mayoría de los escritores un amor ilimitado á no sé qué falsa reputación, que contiene el anatema en sus plumas, ó lo desata en hipérbolas fumívoras, por el temor pueril de verse criticados por las imaginaciones asustadizas, rechazados de nuestras sociedades neuróticas y pueriles que tienen siempre un *santo oficio* para escritores que no leen siquiera, ó ajados por el insulto de escritorzuelos asalariados del poder.

Nuestras sociedades incipientes, fanáticas, llenas de preocupaciones, tienen un miedo horrible á la verdad escrita. Vuela desnuda? qué horror!

Esos púdicos criterios serían capaces de arrojar un manto sobre la Venus mutilada de Milo, para no ver su seno desnudo, sus pechos voluptuosos y sus formas esculturales.

Yo no pertenezco á esa escuela.

Amo la verdad con un amor de artista.

Pinto los hombres y los acontecimientos con fidelidad gráfica; pongo un adjetivo como clavara un dardo, siempre con justicia; y, como dijo el otro, *no acostumbro á hacer doblegar las palabras en que creo*. Las mías se levantan rectas, con todas sus asperezas. Yo no soy cortesano de nadie, ni de nada.

No habrá, acaso, otro escritor menos enamorado del favor público que yo. Por eso, sin duda, mi re-

putación se compone más de odios que de afectos. Tengo un pedestal de enemigos. Mi vida ha sido de luchas y de persecuciones, y ha habido veces de no tener un rincón en qué guarecerme, porque no he sabido adular ni á los poderosos ni á las multitudes.

Mi carácter me mantiene lejos de los unos, y mi educación lejos de las otras. ¿Cortesano de la opinión? Bah! Eso sería como cortesano de un hombre. Siervo? Jamás! Ni de uno ni de muchos. Yo no acepto el *tirano todos*, ni el *déspota uno*.

Mirando á mi vida se vé que mi espíritu indomable no lleva la huella de ningún yugo, como mirando á mi cuello no se encuentra en él la traza de ningún collar.

No nací para la domesticidad.

Yo no sé mentir ante el Poder, ni callar ante el Deber.

Yo no sé de los silencios intencionales del momento. Sólo comprendo los silencios definitivos de la muerte.

Los acontecimientos y los hombres son impotentes para hacerme callar. Sólo la muerte tendría ese poder.

No sé vivir en los silencios del oprobio.

El silencio culpable me quema los labios como los carbones encendidos al Profeta.

De ahí que la divisa de mi vida dolorosa y combatiente, haya sido siempre : luchar sin tregua, contra el Mal.

Luchar, luchar, luchar....

Interrumpir el himno con la carcajada, la hipébole con la realidad, hacer luz sobre los ídolos grotescos, desgarrarles el inmundo manto para que se vea la llaga de sus cuerpos, reír de los dioses en presencia de los creyentes, y hacer palidecer á los déspotas lanzándoles las verdades con rumor de tempestad sobre la frente.

Que rujan en su guarida, que aúllen, que insulten. Está bien; ¿quién pregunta al lobo herido porqué muestra los dientes y gruñe en su caverna?

Ir á caza de tiranos : noble misión! Perseguirlos en sus guaridas, ya sean sepulcros ó palacios, pero no darles tregua.

Romper las momias y desterrar los dioses.

Ahogar el último ídolo en los brazos del último creyente.

Hacer luz, tanta luz en la conciencia humana, que mañana, cuando amanezca, se hayan visto desaparecer para siempre en el fúlgido horizonte la sombra del último *providencial* tras la huella del último lacayo!...